

HISTORIADORES EN ESPAÑA. HISTORIA DE LA HISTORIA Y MEMORIA DE LA PROFESIÓN,

por IGNACIO PEIRÓ MARTÍN, ZARAGOZA, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2013, 404 pp. ISBN: 978-84-15770-44-2.

La separación entre sociología e historia es una división desastrosa y está totalmente desprovista de justificación epistemológica: toda sociología debería ser histórica y toda historia sociológica.¹

Con esta rotundidad respondía Pierre Bourdieu a la pregunta sobre el lugar de la historia en su pensamiento, que le fuera formulada en 1988 en el transcurso de un seminario de la Universidad de Chicago. Mucho ha llovido desde la apelación del sociólogo francés a superar, en nombre de una sociología genética, el vetusto litigio entre dos ciencias que tantas veces se han desconocido mutuamente, bien obviando la dimensión histórica de los problemas del presente, bien ignorando el bagaje conceptual procedente de la teorías sociales. Y en esas estamos.

Sostiene Peiró en su prólogo, apretada síntesis del contenido de toda la obra, que «el presente libro se ha escrito a lo largo de una década y pretende explicar la historia de la profesión de historiador en España durante el siglo XX» (p. 11). Ciertamente, no estamos ante un texto totalmente compuesto de nueva planta, dado que en cada capítulo es discernible la huella de una rica y amplia producción historiográfica anterior. En efecto, la sugerente biografía intelectual de su autor, tan unida a la singular figura del historiador-maestro Juan José Carreras y al nicho institucional de la Universidad de Zaragoza, acredita una dilatada trayectoria de atención al estudio evolutivo

¹ Respuesta de Bourdieu recogida en el libro de Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva* (Buenos Aires: Siglo xxi, 2005), 141. Se recomienda la lectura de las entrevistas radiofónicas que Roger Chartier hizo a Bourdieu sobre este tema en *El sociólogo y el historiador* (Madrid: Adab, 2011).

de la historia como disciplina y a los cuerpos docentes (catedráticos de instituto y de universidad), que encarnaron un determinado ethos profesional.² En compañía de Gonzalo Pasamar, y bajo el común magisterio del profesor Carreras, aparecieron los primeros frutos como, por ejemplo, *Historiografía y práctica profesional en España* (Zaragoza: Prensas Universitarias, 1986), punto de partida de lo que sería una fecunda cosecha investigadora, uno de cuyos hitos fue la aparición en 2002 del magnífico *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos* (Madrid: Akal).³ Es, pues, Ignacio Peiró, por derecho propio, uno de los responsables más genuinos del surgimiento y modernización de la historia de la historiografía como disciplina académica en España, que hoy ya ha ido conquistando un lugar al sol dentro del gremio de historiadores, principalmente de los contemporaneístas.⁴ Sin duda, este nuevo afán de autoconsciencia de la comunidad española de los cultivadores de Clío sobre su pasado representa un síntoma de «madurez» institucional, por lo que la obra del profesor Peiró ha contribuido a esa mayoría de edad disciplinar, si bien, como veremos, dentro de las limitaciones que comporta una perspectiva quizás excesivamente endoscópica.

² En un principio, desde la segunda mitad de los años ochenta y los comienzos de los noventa, se registran algunos de sus trabajos más memorables (no en vano el interesado fue profesor agregado de instituto entre 1984 y 1992), que versaron sobre la enseñanza de la historia, la difusión de los libros de textos y el perfil profesional de algunos catedráticos de historia del bachillerato, como la bien trazada biografía de Gabriel Llabrés y Quintana. Posteriormente la Universidad de Zaragoza sería lugar de acogida de su labor docente e investigadora.

³ Desde esa fecha (el diccionario quedó listo para edición en 1999) se desvanece la colaboración con Gonzalo Pasamar, autor de una importante obra, *Historiografía e ideología en las posguerra española. La ruptura de la tradición liberal* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991), a la que siguió otra de más amplio recorrido, *Apologia and Criticism. Historians and History of Spain, 1500-2000* (Oxford: Peter Lang, 2010). Posteriormente el quehacer del profesor Peiró se beneficia, en calidad de miembro y coordinador académico, del Seminario permanente de historia de la historiografía «Juan José Carreras», auspiciado por la Institución Fernando el Católico de la Diputación de Zaragoza. Muy especialmente su obra se enriquece merced a la colaboración con Miquel A. Marín Gelabert, uno de los pioneros más sobresalientes de la nueva generación de historiadores de la historiografía, cuya tesis doctoral, dirigida por el propio Ignacio Peiró (*La historiografía española en los años cincuenta. Las escuelas disciplinares en un ambiente de renovación teórica y metodológica, 1948-1965*), fue presentada en 2008 en la Universidad de Zaragoza. Por cierto, el citado diccionario se editó en Akal gracias a las gestiones de Juan Mainer, cuya señera obra, *La forja de un campo profesional. Pedagogía y didáctica de las ciencias sociales en España, 1900-1970* (Madrid: CSIC, 2009), a pesar de que el propio Peiró gozó de su lectura como secretario del tribunal que juzgó tal trabajo en su estadio de tesis, es incomprensiblemente ignorada en el libro que comentamos. El «efecto Mateo», inventado por los sociólogos, consiste en una desigual retribución y distribución del *capital simbólico* conforme al evangélico: «al que tenga se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tenga se le quitará lo poco que tenga».

⁴ Así en los últimos encuentros de la Asociación de Historia Contemporánea, y en diversas publicaciones, el tema ha ido conquistando un lugar propio. Las actividades del zaragozano seminario permanente de historia de la historiografía pueden verse en el «blogdehistoriografia.wordpress.com».

En efecto, ya la sociología de la ciencia acertó a ver «estilos de pensamiento», que suponen, al decir de Pierre Bourdieu, el uso de un «capital colectivo de métodos y conceptos» como requisito de admisión en el campo disciplinar correspondiente, lo que comporta imbuirse de «*un trascendental histórico*, el *habitus* disciplinario como sistema de esquemas de percepción y apreciación».⁵ La obra de Peiró, en efecto, transpira y encarna (a través del tipo de prosa narrativa utilizada, en la estrategia de distribución de reconocimientos, en las pautas de la crítica a las ideas ajena y en el uso abrumador de notas a pie de página) el «*habitus* disciplinario» propio del historiador profesional, figura que, de esta guisa, se transforma, a la vez, en sujeto y objeto de su investigación. Así el devenir de los historiadores profesionales se mira ante el espejo de uno de los suyos.

El libro que comentamos se presenta organizado en cuatro capítulos flanqueados por un prólogo, en el que se hace una eficaz síntesis del conjunto del texto, y un epílogo («La responsabilidad del historiador en los inicios del siglo XXI») donde se vierte, como no podía ser menos, un alegato a favor de la historia como conocimiento socialmente útil y como antídoto contra el relativismo y las modalidades de «historia retrospectiva» (el estudio del pasado para justificar formas ideológicas del presente), tan frecuentes en la actualidad. Finalmente, se completa con un muy valioso anexo («Catedráticos de historia en las Facultades de Filosofía y Letras, 1840-1984»), una extensa bibliografía y un útilísimo índice onomástico.

En el primer capítulo («La profesión de historiador en la España del siglo XX») el profesor Peiró, recuperando el esquema interpretativo empleado en la introducción a su *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos*, dibuja una historia de la disciplina y de sus cultivadores desde su primera profesionalización (especialización universitaria, fusión de la erudición con la enseñanza en las secciones de historia de las Facultades de Filosofía y Letras, viajes de formación al extranjero, renovación de los espacios de investigación, etc.), pasando por la «ruptura de la tradición liberal» con motivo de la guerra y el exilio y la consiguiente «travesía del desierto» del franquismo (con una brillante comunidad en el exilio y otra gris en el interior), hasta llegar a la aparición de los síntomas de renovación (primero en los años cincuenta con los tímidos contacto con la comunidad

⁵ Pierre Bourdieu, *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad* (Barcelona, Anagrama, 2003), 116.

internacional de historiadores y luego ya más firmemente en los sesenta). Finalmente, la recomposición de la trama académica y la consiguiente reprofesionalización corre paralela, según él, a la implantación del régimen constitucional y a la Ley de Reforma Universitaria de 1983, que supondrían un irreversible afianzamiento y diversificación disciplinar. En este relato se mantiene un marco interpretativo de la historia de la profesión, en el que los aspectos políticos y la historia de la producción de ideas historiográficas ocupan un lugar central, descuidando quizás las estructuras más profundas que permiten explicar mejor la dialéctica entre la continuidad y el cambio de una corporación profesional que, además de actitudes y posiciones ideológicas, poseía una añeja trama corporativa de intereses y un «*habitus disciplinario*», un estilo de ver y hacer, que pervivió más allá de coyunturas políticas, por traumáticas y duras que fueran, como lo fue el franquismo. Lo cierto es que, sin negar la suma importancia de la muerte de Franco y los coloquios de Pau («el sueño dorado y la sombra de un sueño de una nueva comunidad profesional», p. 81), parece una hipérbole y una concesión al idealismo afirmar que «después de 1979 la historiografía española no fue la misma». Y no lo fue, añade, «porque un grupo de historiadores abrieron caminos reales para su desarrollo, precisamente por haber establecido la conciencia y el imperativo ético para el historiador de escribir en libertad, de aceptar la pluralidad de las voces en el estudio del pasado y perder el miedo al presente» (pp. 81 y 82). Esta especie de efusión emocional nada aporta a la comprensión crítica de un mundo profesional y disciplinar, que, para volver a emplear a Bourdieu, se comporta como un *campo*, esto es, como un espacio donde se enfrentan fuerzas (poderes y saberes).

Por lo demás, la estructura del libro, advierte el profesor Peiró, es como de «atlas desplegable». En efecto, se refiere a su obra como una «carta geográfica de la historiografía», cuyos capítulos vienen a desarrollar y completar, a modo de progresiva profundización, algunos de los temas tratados en la panorámica ofrecida en el capítulo inicial. Así, el segundo capítulo («Historia y patria: la “educación histórica” de Rafael Altamira»), que, como todo el libro, se beneficia de una prosa ágil y eficaz, entrelaza una narración sobre la experiencia de formación a finales de siglo XXI en París de Altamira, máximo exponente de la primera fase de la profesionalización del oficio de historiador, al calor y bajo el estímulo de la historiografía francesa de la III República. Su retrato principalmente muestra la doble dimensión del proyecto profesional del historiador alicantino: su nacionalismo de raíz y tintes

franco-republicanos y su afán positivista merced a la defensa del método histórico. Otras muchas facetas, sin duda, podrían haberse abordado, dada la talla del personaje, pero Ignacio Peiró opta por ser selectivo y poner el énfasis en las dos de las que dejaron una impronta más visible en una parte considerable de la profesión de historiador en la edad de plata de la cultura española.⁶ En fin, esta semblanza del viaje iniciático altamirano se erige como cerro-testigo de la importancia y el valor de una primera generación de historiadores profesionales, afirmada y fortalecida gracias al fructífero contacto con lo más granado de la historiografía europea del primer tercio del siglo XX. Una tradición profesional que, según nuestro autor, quedaría truncada y, en parte, abortada como consecuencia de los trágicos eventos del 36. Tras ellos, Altamira, y tantos otros, tomaron el camino del exilio, la ruta de una «España peregrina», que en su caso terminaría con su fallecimiento en México en 1951.

Precisamente en el capítulo 3 («Historia y dictadura: las metamorfosis de José María Jover») se tocan los efectos historiográficos desastrosos que trajo consigo lo que se considera como una «ruptura de la tradición liberal»: un grave empobrecimiento del cultivo de la historia en el interior y la subsistencia en el exilio de una rica producción historiográfica. Es este el capítulo más largo y en el que despliega su autor una erudición más llamativa respecto a la muy significativa y sintomática historiografía alemana posterior a segunda guerra mundial, matriz intelectual del abanico de influencias que actúa sobre el giro historiográfico practicado por el profesor José María Jover (1920-2006). Su personalidad de historiador se toma como muestra de las metamorfosis experimentadas por el sector de la profesión que, sin

⁶ También aquí, como en todo el libro, se exhibe un alarde citatorio en las notas a pie de página, que demuestran lo mucho que sabe el autor de la historiografía francesa de la época y lo poco que alude a la historia de la educación no universitaria española, laguna que está presente en todo el libro y que, por otra parte, es exponente en España del largo desconocimiento entre el contemporaneísmo y el gremio de historiadores de las instituciones escolares. Quizás algo le habría beneficiado manejar el libro coordinado por José María Hernández Díaz, *Francia en la educación de la España contemporánea (1808-2008)*, (Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2011). Tampoco parece razonable acudir a la historia de la de la historia escolar en Francia y no decir nada de similares estudios en España. Lo peor, sin embargo, consiste en olvidar la dimensión docente de una profesión, que nace en las aulas y se expande conforme se pasa de un modo de educación tradicional-elitista a otro tecnocrático de masas (véase el uso de tales conceptos en mi *Sociogénesis de una disciplina escolar: la historia* (Barcelona: Pomares, 1997). Esta cuestión resulta sorprendente en quien empezó su carrera, como ya dijimos, pergeñando sólidos trabajos sobre la enseñanza secundaria. Incluso ahora dirige una tesis doctoral de Eliseo Moreno sobre *La profesionalización de la enseñanza de la historia en España: catedráticos de Geografía e Historia de los institutos, 1840-1940* (proyecto de tesis aprobado en 2012).

pretender plantar cara al régimen franquista, inició, desde finales de los años cincuenta, un cierto proceso de renovación metodológica y una relativa reapertura a las corrientes internacionales. El «caso Jover» constituye, pues, una suerte de biopsia gracias a la cual se analiza el tejido profesional de aquella llamada por Jaume Vicens Vives, «generación de 1948», que, por grado o por la fuerza de las circunstancias, tuvo que cultivar con prudencia y quizás con temor el jardín de Clío en plena dictadura, conservando mando en plaza como catedráticos universitarios hasta las postrimerías del franquismo y los comienzos de la democracia. Se convierte, pues, el profesor Jover en un exponente de una mutación expresiva del progresivo cambio de horizontes y objetos de investigación: del modernismo al contemporaneísmo, de la historia política tradicional a la renovación metodológica, incluso de la «nada» a los primeros atisbos de una historia de la historiografía. Tal recambio de objetos y métodos, defiende Peiró, se hizo siempre con enorme prudencia política y, desde luego, añade nuestro autor, no puede sostenerse, a pesar de la reconstrucción del interesado *pro domo sua*, la existencia de un Jover «liberal» (p.184), componente de una suerte de corriente historiográfica subterránea durante el franquismo.

Sea como fuere, el «nuevo Jover», al decir del profesor Peiró, es ya una evidencia a partir de 1961. Precisamente la génesis de su renovada cara se plasmaría nítidamente en la memoria confidencial que escribió en ese año para la Fundación Juan March a fin de dar cuenta de las enseñanzas recibidas en el curso de su viaje de estudios a Friburgo. Empleando esta fuente inédita, con minuciosidad e inteligencia, Ignacio Peiró despliega el dilatado acervo de sus conocimientos sobre la historiografía alemana posterior a la segunda guerra mundial y los pone en relación con el testimonio joveriano, realizando un ejercicio hermenéutico de gran relieve y pertinencia sobre las preocupaciones y «razones» que impulsaron y construyeron los nuevos intereses investigadores de uno de los representantes más preclaros de la «generación del 48». Así, por ejemplo, los ingredientes éticos e intelectuales del «moralismo autocomprendsivo» de una parte de la historiografía alemana a la hora de explicar el nacionalsocialismo sería un molde para, desde posiciones joverianas de humanismo cristiano, buscar justificaciones autocomplacientes de la guerra civil y el franquismo. En cualquier caso, su giro hacia el contemporaneísmo y la renovación metodológica sucedió en el contexto de la crisis institucional y «la fatiga generacional» del modernismo español, que, a su vez, acaeció «en la primera fase de la normalización

profesional de la comunidad historiográfica del franquismo» (p. 128). La memoria, la producción histórica y el itinerario vital de José María Jover levantarían acta de este fenómeno.

El capítulo 4 («Memoria reconstruida: contemporaneísmo, “liberalismo” y “liberales” en la España de Franco») constituye, en cierta manera, una ratificación, por ampliación, de la interpretación sostenida en el anterior. En efecto, la tesis fuerte de Peiró es que, de ninguna manera en Jover ni en sus colegas de profesión y generación, se puede discernir una continuidad de la tradición liberal del primer tercio del siglo xx. Por añadidura, la idea de «los historiadores liberales del franquismo» sería una invención interesada de los propios protagonistas, apoyada por un cierto renacimiento de una historiografía de derechas empeñada en demostrar la compatibilidad entre franquismo y liberalismo. Esta suerte de leyenda retrospectiva, a su entender, inventa pasados «liberales» al reconstruir la memoria de la profesión, y tiene que ver con operaciones de negación de ciertas complicidades y otras acciones paralelas de legitimación de una corporación que, a mediados de los sesenta, iniciaba una senda de refundación y normalización del contemporaneísmo español (p. 246). Con esta idea fija e invariable, el profesor Peiró describe el proceso de creación de una especialización en lo contemporáneo que para él tendría su momento fundador en 1958, con motivo de la conmemoración de la Guerra de la Independencia, coyuntura que a su vez se corresponde con lo que Miquel A. Marín Gelabert llamó «fatiga generacional del modernismo» y con los atisbos de una renovación metodológica que mira a la producción historiográfica foránea. Por lo demás, en el capítulo se reconstruyen las tramas de los principales centros de poder y saber a través de la obra de los catedráticos de historia de las Facultades de Filosofía y Letras (los Pabón, Pérez Bustamante, Suárez Verdaguer, Rumeu de Armas, Rodríguez Casado, Seco, etc.) y los provenientes de Filosofía del Derecho y Derecho constitucional (Díez del Corral, Sánchez Agesta, García Escudero, etc.). Una exigua minoría de «pequeños dictadores» (p. 259), que, más allá de sus ideas políticas, tejieron a su antojo las redes de fidelidades vasalláticas que permitieron la continuidad corporativa a través de los convencionales procedimientos de producción, inclusión/exclusión y censura propios del mundo académico. Todo ello lo explica nuestro historiador recurriendo a una narrativa plagada de intrigas universitarias y maniobras políticas, o sea, esa segunda piel adherida al *homo academicus* de entonces (dice Peiró) y de ahora y de siempre (decimos nosotros). Por otro lado,

llama poderosamente la atención que la composición casi en exclusiva de género masculino de la entidad corporativa no le sugiera al autor algún comentario pertinente acerca de la sociología del campo profesional.⁷

Finalmente, como ya se indicó más arriba, en el epílogo se proclama una alegato a favor de un «retorno de la responsabilidad»⁸ del historiador en los momentos actuales ante las acechanzas de los relativismos y los revisionismos, lo que demanda no olvidar la dimensión intelectual, ética y social de una profesión a la hora de afrontar un futuro esperanzador.

De lo comentado hasta aquí, se infiere que nos encontramos ante una obra que aporta luz potente y nueva sobre la historia como disciplina y como profesión. Constituye, pues, una muy meritoria contribución a la consolidación de la historia de la historiografía en España, pero no deja de ofrecer algunos flancos discutibles, que queremos resaltar en la parte final de esta reseña, algunos de los cuales quedaron sugeridos en la descripción del contenido de la misma. A mi modo de ver, son dos las cuestiones más cuestionables: 1) La relación entre práctica de la historia y teoría social, que escora el libro hacia el empirismo historicista y la erudición; y 2) La interpretación y la explicación del cambio y la continuidad de la historiografía como porción del amplio espacio de la cultura y la educación, especialmente por lo que hace a las metamorfosis de la vida intelectual ocurridas durante el franquismo.

Por lo que se refiere a la primera de las cuestiones, antes nos referimos en esta reseña a la idea de libro-espejo, porque se echa en falta un cierto nivel de «reflexividad», o sea, una cierta capacidad de volver críticamente sobre el propio pensamiento, sobre la posición del autor dentro de la profesión y su participación en los «estilos disciplinares» del campo de pro-

⁷ Predomina en el relato un cierto tono de quien cuenta batallas del gremio, aunque a menudo se ofrecen informaciones muy relevantes sobre asuntos claves del saber-poder del campo profesional, por ejemplo, cuando se refiere al hecho de que las tesis de doctorado dejaran de ser un monopolio de la Universidad central de Madrid desde 1953 (p. 200), o cuando alude a la desaparición del cuerpo de agregados y el acceso a cátedras universitarias en la democracia. Y, desde luego, hay que subrayar el espléndido anexo de catedráticos de historia que permite sacar algunas conclusiones que no se mencionan en el texto. Entre ellas que, de un total de 292 catedráticos de historia en las Facultades de Filosofía y Letras entre 1847 y 1984, sólo ocho fueran mujeres y sólo una (María Dolores Gómez Molleda, que ingresó en 1967) fuera de historia contemporánea.

⁸ Del que ya se hiciera eco en la revista *Alcores*, 1 (2006), donde coordinó y participó como articulista en un interesante monográfico sobre «La(s) Responsabilidad(es) del Historiador». ¿Acaso las mayúsculas del título pretendan reforzar la idea de «responsabilidad» en la tarea de «historiador»?

ducción de conocimientos. La reflexividad implica una problematización del sujeto cognoscente, una operación de objetivación crítica del sujeto de conocimiento, lo que comporta un uso de conceptos que a la vez permiten establecer, de manera consciente, un óptima aproximación-distancia entre sujeto y objeto. De este modo, el marco teórico es consustancial a una indagación empírica relevante, porque «la investigación sin teoría está ciega y la teoría sin investigación está vacía».⁹ El trabajo que comentamos peca de un cierto déficit teórico muy común en el campo de los historiadores¹⁰, lo que, entre otras cosas, redunda en una superficial y subjetivista comprensión de la acción de los agentes sociales (en este caso, los catedráticos de historia) en su medio institucional. Si, conforme a lo que en otra parte he llamado «desafío de Bourdieu»,¹¹ comprendiéramos la historia de la historiografía bajo la idea de un espacio social objetivo (un *campo* de fuerzas) donde pug-

⁹ Bourdieu y Wacquant, *Una invitación*, 232.

¹⁰ No obstante, dedicarse a la historia de la historiografía supone una vocación de más altura teórica de la habitual. Por otro lado, es de justicia reconocer que los trabajos de Miquel A. Marín Gelabert acreditan un equipaje y voluntad teóricos más claros y manifiestos. Véase, por ejemplo, su «El aleteo del lepidóptero. La reincorporación de la historiografía española al entorno profesional de Europa en los años cincuenta», *Gerónimo Uztariz*, 19 (2003): 119-160. En ese y otros trabajos emplea diversas herramientas conceptuales de estirpe sociológica, y contrapone como alternativas para escribir la historia de la historiografía, el «paradigma Jörn Rüsen» versus el «paradigma Hayden White». Contraposición que se nos antoja un tanto reduccionista. Desde luego, la pionera historia de las revoluciones científicas de Thomas Kunh manejó la idea de *paradigma* y estudió los contextos de ruptura con la «ciencia normal» de una época. Su enfoque sigue teniendo alguna utilidad, como también, a mi modo de entender, la genealogía al estilo de Michel Foucault, la historia de los conceptos al modo de Reinhart Koselleck, el giro contextual de Quentin Skinner y John G. A. Pocock, y otros muchos enfoques que han roto con la convencional historia de las ideas. Cabe aquí recordar el muy creativo y precursor programa sobre la historia del pensamiento geográfico emprendido por Horacio Capel y su equipo (Luis Urteaga, Alberto Luis Gómez, Jordi Solé, Julia Melcón, Francesc Nadal, etc.) hace ya hace una buena porción de años en España, que pretendía cartografiar el devenir de la Geografía como un movimiento pendular de paradigmas entre posiciones positivistas e historicistas. Véase una justificación y resumen del mismo en Horacio Capel, «Historia de las ciencias e historia de las disciplinas científicas. Objetivos y bifurcaciones de un programa de investigación sobre historia de la Geografía», *Geocrítica*, 84 (1989), disponible en www.ub.edu/geocrit/geo84c.htm

¹¹ Por tal me refiero a emplear muy flexiblemente, como «el aire que se respira», las teorías de la acción de Bourdieu para analizar los campos de producción de conocimiento dentro de las instituciones académicas. Por citar algunas obras fundamentales, el precursor *Le sens pratique* (1980), o su *Homo academicus* (1984), y también *Raison pratiques. Sur la théorie de l'action* (1994), todos ellos traducidos al español y de amplia difusión. Por lo demás, en una reseña mía en Asklepio, LXII (2), (2010): 664-666, sobre el espléndido libro de Francisco Vázquez García *La Filosofía española. Herederos y pretendientes, una lectura sociológica* (Madrid: Adaba, 2009) defendía la necesidad de aceptar «el desafío de Bourdieu», esto es, la conveniencia de aplicar su rico y variado utillaje intelectual, especialmente el concepto de «campo», dentro de una necesaria sociología histórica (o historia social) de las disciplinas y sus plasmaciones profesionales. Mucho me temo que mi invitación no va a gozar de mucho éxito entre los historiadores. Como siempre, los historiadores a «lo suyo» y los sociólogos «a lo de ellos». Así vamos...

nan agentes con su correspondiente *habitus* (dispositivos infraconscientes de percepción y apreciación, una suerte de autorreguladores de la conducta individual) por controlar y reformular el *código disciplinar*¹² (un tradición sociocultural de larga duración compuesta por justificaciones, discursos y prácticas de producción del conocimiento histórico), entonces seguramente no concebiríamos el decurso de la profesión de historiador solo y principalmente desde el prisma de las ideas políticas y de las actitudes personales. Así, por ejemplo, la veracidad de ser «liberal» de Jover y su generación es un problema de muy escasa relevancia en estas coordenadas explicativas, a no ser, como parece, que se quiera pasar factura política a los que tuvieron algún grado de complicidad con la dictadura, lo que nos obligaría a hablar más de las flaquezas de la democracia española actual que de las intenciones de unos supuestos historiadores criptoliberales.

La otra cuestión polémica y problemática es la que se refiere a la dialéctica cambio/continuidad, especialmente en la época de la dictadura franquista, que es entendida, a efectos de la historia de la profesión, como una «ruptura de la tradición liberal». Naturalmente, por lo que hace a la esfera de la ideología política, el franquismo representa la contraimagen del liberalismo y sí constituye una abrupta disrupción ideológica. Ahora bien, si nos situamos en el terreno de los fenómenos culturales, por ejemplo, en el *código disciplinar* de la historia o en el *campo* profesional de los historiadores, la cosa toma otro color. Desde luego, se torna completamente distinto si, como creo que debe hacerse, se estudia el campo historiográfico dentro de la historia de los cuerpos docentes, o sea, dentro de la historia de la educación española. Entonces se verá cómo no sirve de criterio preferente de periodización y distinción las cesuras impuestas por los sucesivos régimes políticos. La realidad del «cuerpo de catedráticos» o de la historia como materia escolar tiene un siglo y medio de vida y su *tempo* es diferente al de rótulos como «Restauración», «II República» o «Dictadura franquista». Las realidades estructurales sobrepasan las coyunturas política, por largas y traumáticas, que hayan sido. Hablar, como hace el profesor Peiró, de «Holocausto cultural», más allá de la pertinencia del término, no puede querer decir que la historia como disciplina y la profesión de historiador fueran reinventadas de nueva planta, a no ser que sólo nos fijemos en aspectos

¹² Concepto que desarrollé en 1997 en mi tesis doctoral y luego se desarrolló en las de Juan Mainer (2007) y Julio Mateos (2008). Para una consulta de ellas, los libros resultantes y otros trabajos del *Proyecto Nebraska*, véase, <http://www.nebraskaria.es>

ideológicos (la tremebunda invasión del discurso del nacionalcatolicismo) o en la dimensión intencional de la conducta humana. Por lo demás, las conclusiones de los trabajos de Jordi Gracia —por ejemplo, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (Barcelona: Anagrama, 2004)—, que no son del agrado de Ignacio Peiró, ponen en duda la idea de la total discontinuidad con lo anterior de la ínsula gobernada por el general Franco.

Por nuestra parte, al estudiar la historia del sistema de educación español, hemos intentado superar ese tipo de insuficiencias y paradojas entre cambio y continuidad recurriendo al concepto de *modos de educación*.¹³ Si es cierta nuestra apreciación, en pleno tardofranquismo se produjo la definitiva transición del modo de educación tradicional-elitista al tecnocrático de masas, fenómeno que también alcanzó a la universidad española. Todo ello fue el resultado de una «revolución silenciosa» a pesar del franquismo, cuya dinámica fue malamente gestionada por la dictadura. Para explicar esos cambios seguramente, más que a intenciones buenas o malas, hay que recuperar la figura del catedrático como funcionario fiel a los imperativos del Estado sea cual fuere su dueño. Algunos han recurrido a la figura del «pedagogo orgánico del Estado» para dar cuenta del significado profundo de algunas biografías profesionales, donde los «estilos disciplinares» constituyen un componente del *habitus* que perdura, por encima de momentos políticos, en ciertas figuras profesionales.¹⁴

Llegados aquí, nuestras objeciones críticas no ponen en duda lo mucho que hay de sumamente valioso y excelente en la aportación del profesor Ignacio Peiró a la historia de la historiografía española. Sin embargo, a su obra le falta esa distancia óptima imprescindible para no caer en una imagen refleja del pensamiento imperante entre los contemporaneístas, su nicho de producción de conocimientos. Antes como ahora, dentro de cualquier campo existen posiciones dominantes y otras subalternas, y las renovaciones sugeridas por los dominados y «pretendientes», en este caso

¹³ También inicialmente en mi *Sociogénesis de una disciplina escolar*. Y, sobre todo, consultar, R. Cuesta, J. Mainer y J. Mateos, *Transiciones, cambios y periodizaciones en la historia de la educación* (Salamanca, 2009). Disponible en <http://www.lulu.com> y <http://www.nebraskaria.es>.

¹⁴ El libro de Juan Mainer y Julio Mateos, *Saber, poder y servicio. Un pedagogo orgánico del Estado: Adolfo Matto* (Valencia: Tirant lo Blanch, 2011), supone una lúcida reevaluación de la dinámica de la continuidad y el cambio durante la dictadura, a través de la figura de un inspector-pedagogo, formado en el prefranquismo y después doctrinalmente fiel a la dictadura pero muy consciente del cambio includible hacia una educación de masas bajo los imperativos de la tecnocracia.

en forma de lo que nuestro autor llama «relativismos» y «revisionismos», es un fenómeno social y cultural más amplio que sirve para dotar de supuestos discursos alternativos a los nuevos aspirantes a hegemonizar el campo de la historiografía y el uso público de la historia. En ese contexto, cada cual en su sitio, la responsabilidad del historiador quizás no consista sólo en defender la verdad, combatir el mito y enderezar las deformaciones de la memoria personal, sino también en juzgar las limitaciones y coerciones inherentes a su propio oficio.

Raimundo Cuesta
Fedicaria. Salamanca
raicuesta2@gmail.com